

Vida Internacional

**Discurso del Presidente Kennedy al
asumir la presidencia de EE. UU., el 20
de enero del presente año.**

“Conciudadanos:

Observamos hoy no una victoria de partido sino una celebración de libertad —que simboliza un fin, así como un principio que significa una renovación, a la vez que un cambio: porque he prestado ante ustedes y Dios Todopoderoso el mismo juramento solemne que prescribieron nuestros antecesores hace casi un siglo y tres cuartos.

Muy diferente es ahora el mundo, pues el hombre tiene en sus manos mortales el poder necesario para abolir la pobreza humana en todas sus formas y para abolir la vida humana en todas sus formas. Y sin embargo, las mismas creencias revolucionarias por que lucharon nuestros antepasados siguen siendo en todo el globo tema de discusión. La creencia de que los derechos del hombre no se derivan de la generosidad del Estado sino de la mano de Dios.

No osamos olvidar hoy que somos los herederos de esa primera revolución. Que corra la voz, desde ahora y desde aquí, al amigo y al enemigo por igual, que ha sido pasada la antorcha a una nueva generación de americanos —nacidos en este siglo, templados en la guerra, disciplinados por una paz amarga y fría, orgullosos de nuestra antigua herencia— que no están dispuestos ni a permitir ni a ser testigos de la lenta mengua de esos derechos humanos a los que siempre ha estado dedicada esta nación y a los cuales estamos hoy comprometidos.

Que sepan todas las naciones, ya sea que bien nos quieran o para mal nos tengan, que pagaremos cualquier precio, soportaremos cualquier carga, sufriremos cualquier penalidad, apoyaremos a todo amigo y a todo enemigo, nos opondremos para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad.

Todo eso, y más, es nuestra promesa y empeño.

A aquellos viejos aliados cuyos orígenes culturales y espirituales compartimos, empeñamos la lealtad de fieles amigos. Unidos, poco es lo que no podemos hacer en toda una hueste de empresas en colaboración. Divididos, poco es lo que po-

demo hacer, porque no nos atreveremos a hacer frente a poderoso reto, estando en pugna y desunidos.

A aquellos Estados nuevos a los cuales estamos dando la bienvenida a las filas de los pueblos libres, comprometemos nuestra palabra de que una forma de dominio colonial no habrá pasado simplemente para ser reemplazada por una tiranía mucho más férrea. No siempre esperaremos encontrarlos respaldando todos nuestros puntos de vista. Pero siempre esperaremos encontrarlos defendiendo fuertemente su libertad —y recordar que en el pasado aquéllos que buscaron locamente el poder cabalgando sobre el lomo del tigre, inevitablemente terminaron devorados.

A aquellos pueblos que viven en chozas y aldeas en la mitad del globo, luchando para romper las ataduras de la miseria en masa, les prometemos nuestros mejores esfuerzos para ayudarlos a ayudarse, por el tiempo que fuere necesario —no porque lo están haciendo los comunistas, no porque vayamos en busca de sus votos; sino porque es justo. Si la sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, no podrá salvar jamás a los pocos que son ricos.

A nuestras hermanas repúblicas del Sur de nuestra frontera, les ofrecemos una promesa especial —convertir nuestras buenas palabras en buenas obras— en una nueva alianza para el progreso —y ayudar a los hombres libres y a los gobiernos libres a romper las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de la esperanza no puede convertirse en presa de poderes hostiles. Sepan todos nuestros vecinos que nos uniremos a ellos para rechazar la agresión o la subversión en cualquier lugar de las Américas. Y sepan todas las demás potencias que este Hemisferio tiene el propósito de seguir siendo el dueño de su casa.

A esa asamblea mundial de Estados soberanos, las Naciones Unidas, la mejor a la última de nuestras esperanzas en una edad en que los instrumentos de la guerra han sobrepasado por mucho a los instrumentos de la paz, renovamos nuestra promesa de apoyo— para evitar que se conviertan en mera tribuna para la invectiva; para dar fuerza a su escudo de los nuevos y de los débiles; para ensanchar el campo en que ha de correr la voz.

Finalmente, a aquellas naciones que quieran convertirse en adversarias nuestras, no ofrecemos una promesa, hacemos una petición: que ambos bandos comiencen de nuevo la búsqueda de la paz, antes de que las tenebrosas fuerzas de la destrucción desencadenada por la ciencia hundan a la humanidad toda en la auto destrucción, accidental o planeada.

A tentarles con debilidades no nos atreveremos. Porque sólo cuando tengamos armas en suficiencia más allá de toda superación podremos estar seguros de que jamás serán empleadas.

Pero tampoco pueden dos grandes y poderosos grupos de naciones encontrar alivio en el camino que ahora siguen: ambos bandos recargados con el costo de las armas modernas; ambos justamente alarmados porque el átomo letal va cundiendo lentamente, y ambos porfiando empero por alterar ese incierto equilibrio del terror que contiene la guerra final de la humanidad.

Así pues, comencemos de nuevo, recordando, por una y otra parte, que la cortesía no es señal de debilidad, y que la sinceridad está siempre sujeta a prueba. No negociemos jamás por temor, Pero tampoco tengamos jamás temor de negociar.

Que ambos bandos, por primera vez, formulen proposiciones serias y precisas para la inspección y el control de las armas y pongan el poder absoluto para destruir a otras naciones bajo el control absoluto de todas las Naciones.

Que ambos bandos se unan para invocar las maravillas de la ciencia en vez de sus terrores. Juntos exploremos las estrellas, conquistemos los desiertos, erradiquemos la enfermedad, perforemos las profundidades del océano y estimulemos las artes y el comercio.

Que ambos bandos se unan para observar en todos los rincones de la tierra el mandato de Isaías "Deshaced las cargas pesadas... y dejad que vayan libres los oprimidos."

Y si puede establecerse en las selvas de la sospecha una cabecera de puente de cooperación, que ambos bandos se unan en la próxima tarea: crear, no un nuevo equilibrio del poder, sino un nuevo mundo de la ley, donde los fuertes sean justos y los débiles estén seguros y la paz sea preservada para siempre.

No estará terminado todo esto en los primeros cien días. Ni quedará terminado en los primeros mil días, ni en la vida de esta administración, ni tal vez en lo que dure la nuestra en este planeta, pero empecemos.

En las manos de ustedes, mis conciudadanos, más que en las mías, descansará en último caso el éxito o el fracaso de nuestra empresa. Desde que fue fundado este país, cada generación ha

sido llamada a dar testimonio de lealtad nacional. La tumbas de los jóvenes norteamericanos que atendieron ese llamado circundan el globo.

Otra vez nos llama la trompeta, —no es llamada a las armas tomar, aunque necesitamos armas; no nos llama al combate, que ya en él empeñados estamos; es llamada a asumir la carga de una larga lucha crepuscular, un año tras otro, "con regocijo en la esperanza, paciencia en las tribulaciones", una lucha contra los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, las enfermedades, y la guerra misma.

¿Podemos forjar contra estos enemigos una grande y global alianza, norte y sur, este y oeste, que pueda asegurar a toda la humanidad una vida más fructifera? ¿Se unirán ustedes a ese histórico esfuerzo?

En la larga historia del mundo solamente a unas cuantas generaciones se les ha concedido el papel de defender la libertad en su hora de peligro máximo. No me encojo ante esa responsabilidad, bienvenida sea. No creo que ninguno de nosotros cambiaría su lugar por el de cualquier otro pueblo u otra generación. La energía, la fe y la devoción que traemos a este empeño iluminarán a nuestro país y a todos los que le sirven y el resplandor de ese fuego puede en verdad iluminar al mundo.

Así pues, compatriotas, no pregunten lo que su patria hará por ustedes, sino qué pueden hacer ustedes por su patria.

Conciudadanos del mundo: no preguntéis lo que América (los Estados Unidos) hará por ustedes, sino lo que, juntos, podemos hacer por la libertad del hombre.

Finalmente, seáis ciudadanos de América o del Mundo, exijan de nosotros las mismas altas normas de vigor y de sacrificio que de ustedes pedimos. Con una conciencia tranquila como nuestra única recompensa segura, con la historia como juez definitivo de nuestras acciones, salgamos pues a guiar a la tierra amada, pidiendo su bendición y su ayuda, pero sabiendo que aquí en la tierra la obra de Dios tiene que ser, en verdad, la nuestra propia".

